

Turbábanle tenaces insomnios, y cuando se dormía rendido de cansancio, despertábase á veces sobresaltado, abría los ojos con expresión de terror, juntaba las manos suplicante, murmuraba en las tinieblas:

—¡Dios mío, Dios mío!

Un remordimiento le quedaba de estas crisis: era ese imbécil llamamiento á un Dios en quien no creía, esa herencia de la debilidad humana que pide socorro ante el desquiciamiento del mundo.

Paulina leía una vez á su tío cierto periódico, y Lázaro huyó trastornado de haberla oído la fantasía de un novelista que mostraba al cielo del siglo xx invadido por los globos, paseando á los viajeros de un continente á otro; y si Paulina le miraba, no comprendiendo siempre los bruscos arrebatos de su carácter, principalmente en los momentos en que él procuraba ocultar sus temores con una especie de pudor inquieto, ella le compadecía, sintiendo la necesidad de ser buena y de hacerle dichoso.

Pasaban ambos los días en el cuarto grande del segundo piso, entre las algas, los frascos, los instrumentos que Lázaro no había tenido fuerza de voluntad para quitar de aquel sitio, y las algas se apolillaban, los frascos perdían su color, y los instrumentos se destornillaban con el polvo.

A menudo los aguaceros de Diciembre caían sobre las pizarras de los tejados, y el viento roncaba como un órgano en las grietas de las maderas; semanas enteras transcurrían sin un rayo de sol, sin que ellos vieran otro horizonte que el mar obscuro, la inmensidad en que la tierra parecía anegarse; y Paulina, para distraerse en las pesadas horas, ocupábase en clasificar una colección de *florideas* recogidas en la primavera anterior, mientras Lázaro se entretenía en mirarla cómo pegaba las delicadas arborescencias cuyos colores rojo y azul se conservaban como en los tonos de una acuarela.

Ocho días más tarde le asaltaba la pasión por la música, y se arrojaba de lleno en las composiciones de Schuman y Wagner; mas una mañana, como se pusiera á tocar la *Marcha de la Muerte*, le exaltó súbitamente la idea de la gran *Sinfonía del Dolor* que él había querido escribir en otro tiempo, y todos los números le parecieron malos, á excepción de aquella marcha.

¡Qué asunto! ¡qué obra más grandiosa para resumir en ella toda su filosofía! Al principio, la vida nacería por el capricho egoísta de una fuerza desconocida; luego aparecería la ilusión de la dicha, los desengaños de la existencia, una pareja de enamo-



rados, una matanza de guerreros, un Dios espirante en una cruz, y siempre resonaría el grito del mal, los alaridos de los seres creados llegando hasta el cielo, y el canto final de la redención, un canto de celestial dulzura que expresaría el júbilo por el desmoronamiento universal de lo creado.....

Púsose á trabajar en el siguiente día, golpeando ruidosamente el piano, que rechinaba como una carraca, y cantando él mismo las notas con murmullo semejante á una campana; olvidábase de las comidas; rompía los oídos de Paulina, que sin embargo encontraba la sinfonía muy bella y aun le copiaba los principales trozos..... ¡Oh! ¡aquella vez acabaría su obra maestra!.....

Pero calmóse á los pocos días: fumaba cigarrillos delante de su *partition* extendida sobre la gran mesa, y Paulina entretanto ejecutaba algunas partes de la sinfonía con su poca habilidad de discípula.

Entonces llegó la intimidad peligrosa: él no tenía ya el cerebro trastornado ni los miembros cansados por las diarias ocupaciones que le imponía la fábrica, y se encontraba con ella en aquel inmenso cuarto, en la inacción, con la sangre hirviendo por la pereza, y amando á la niña con ternura creciente; jella era tan alegre y tan buena!

Al principio creyó Lázaro que sólo cedía á un arranque de gratitud, al aumento del cariño fraternal que Paulina le inspiraba desde su infancia; mas poco á poco sus deseos adormecidos se despertaron, y vió á una mujer en aquella persona á quien consideraba como hermano menor.....

Y entonces se ruborizaba también al tocarla, y no se atrevía á acercarse á ella, ni á inclinarse por encima de sus hombros para ver la pieza de música que ella estaba copiando; y si sus manos se encontraban, permanecían los dos balbucientes, con el aliento entrecortado y rápido, y las mejillas encendidas con viva llama.

Algunas veces Paulina, para librarse de la situación embarazosa que ambos sufrían entonces, burlábase de sus temores con un atrevimiento de virgen, y exclamaba:

— ¡Ah! ¿no te lo he dicho? Pues he soñado que tu Schopenhauer sabía en el otro mundo nuestro próximo casamiento, y volvía la noche de las bodas para tirarnos de los pies.....

Lázaro reía de mala gana, comprendiendo que ella se burlaba de sus perpetuas contradicciones; pero una ternura inefable nacía en su corazón, arrancando de él su antiguo horror á la vida.



—¡Ya sabes que te amo!

—¡Cuidado, cuidado!..... ¿quieres aplazar el día de la libertad universal? ¡Ya has caído en el egoísmo y en las ilusiones!

—¿Quieres callar, burlona?

Y entonces él la perseguía por la sala, mientras ella continuaba recitando algún texto de filosofía pesimista, con la hueca voz de un doctor de la Sorbona; y si lograba cogerla, no la estrechaba en sus brazos como antes, ni la pellizcaba para castigarla.

Un día la persecución fué tan agitada, tan viva, que él la agarró por el talle, y la derribó junto al armario, porque ella se defendía.

—¡Ah! ¡te cogí esta vez! ¿Qué voy á hacer contigo?

Y sus rostros se tocaban, y ella reía con débil risa, murmurando:

—No, no..... déjame, que no volveré á enojarte.....

Y él la contestó con un fuerte beso en los labios.....

Mas parecióle que la sala daba vueltas, que un soplo de viento abrasador les arrojaba en el vacío, y al separarse, ambos estaban sofocados, muy encendidos, y volvían la cabeza.

Sentóse Paulina para tomar aliento, y dijo con gravedad, incomodada:

—¡Me has hecho mal, Lázaro!

Desde aquel día, él huyó hasta del aliento de la joven, hasta del crujido de su falda, porque la idea de una falta brutal, de una caída detrás de cualquier puerta, sublevaba su propia honradez.

A pesar de la resistencia de la muchacha, adivinaba que sería suya, aturdida por el ardor de la sangre, desde el primer abrazo, y que le amaba para entregarse á él por completo si se lo exigía; pero su amor aumentaba con aquella lucha sostenida contra sí mismo, y entonces, creyéndose inspirado por una gran pasión, juró cultivar su genio. ¡No había que dudarlo! ¡Sería un músico ilustre! ¿Pues no habría de bastarle inspirarse en los mismos sentimientos de su corazón?

Todo pareció allanarse, y aunque afectaba adorar de rodillas á su ángel bueno, el pensamiento de apresurar el matrimonio no le asaltaba ni por un instante.

—Toma: lee esta carta que acabo de recibir— dijo un día Chanteau, trastornado, á su mujer, la cual su-  
bía de Bonneville.

Era otra carta de Saccard, pero amenazadora: en Noviembre había escrito demandando noticia exacta de la situación, y como los Chanteau le contestaban



con evasivas, anunciábales entonces que se proponía convocar el consejo de familia y enterarle de su conducta equívoca; por lo cual la señora Chanteau, aunque no lo confesaba, tenía tanto miedo como su marido.

—¡Miserable!—murmuró después de leer la carta.

Los dos se miraron en silencio, muy pálidos, como si en el ambiente helado del comedor oyesen los rumores de un proceso escandaloso.

—¡No hay que vacilar!—exclamó el padre.—Cásala cuanto antes, porque el casamiento la emancipa.

Pero esta solución repugnaba, al parecer, á la madre, según las dudas que manifestaba. ¿Quién sabe si los dos muchachos se convienen? Porque es fácil ser buenos amigos y hacer después un matrimonio detestable.

—No, no—replicaba ella.—Ya me han lastimado algunas observaciones que tengo hechas..... y seríamos injustos si les sacrificásemos á nuestro propio sosiego. Esperemos algo más; y ¿por qué casarlos ahora habiendo cumplido ella diez y ocho años en el mes último, y pudiendo pedir nosotros su emancipación legal?

La confianza renacía, y la señora Chanteau subió

á buscar su Código, que los dos reunidos estudiaron lentamente: el artículo 438 les tranquilizó, pero quedaron confusos al leer el 480, donde se dice que «las cuentas de una tutela se deben rendir ante un curador nombrado por el consejo de familia.»

Ciertamente ella tenía metidos en un puño á todos los miembros del consejo de familia, y les haría nombrar á quien quisiera; pero ¿cuál hombre elegir, y dónde encontrarlo?

El problema consistía en reemplazar á un curador temido con un curador complaciente.

De repente ella tuvo como una inspiración.

—¡Ah, ah!—exclamó.—¡El doctor Cazenove! Conoce algo nuestros asuntos y no rehusará.

Chanteau aprobó con un movimiento de cabeza, aunque miraba con fijeza á su mujer.

—Entonces—dijo—¿devolverás el dinero..... es decir, lo que resta?

Pero ella no respondió de pronto; su mirada estaba reconcentrada en el Código, el cual hojeaba con nerviosa mano, y luego repuso haciendo un esfuerzo:

—¡Sin duda lo devolveré, y será un cuidado menos para mí! Ya ves que se nos acusa..... y daría cien sueldos por no tenerlo esta noche en mi *secré-*



*taire*. Además, de todos modos habrá que devolverlo....

A la mañana siguiente, habiendo llegado el doctor Cazenove á Bonneville para hacer su visita de todos los sábados, la señora Chanteau le habló del gran servicio que toda la familia esperaba de su amistad; declaróle su situación; le expuso que el desastre de la fábrica se había tragado cuantiosas cantidades, sin que nunca hubieran consultado ellos, para aplicarlas al negocio, al consejo de familia; insistió, por último, en el casamiento proyectado, por los vínculos de cariño que les unía á todos y que el escándalo de un proceso había de romper brutalmente.

El doctor, antes de prometer su ayuda, deseó hablar con Paulina, á quien consideraba desde mucho antes como explotada, comida lentamente, y si hasta entonces había callado por miedo de causarla un pesar, su deber era prevenirla ahora, por lo mismo que se quería hacerle cómplice.

El asunto se discutió en el cuarto de la muchacha, asistiendo al principio de la conferencia su tía, quien manifestó al doctor que la boda dependía ahora exclusivamente de la emancipación, porque Lázaro no consentiría en casarse con su prima en tanto que se

le pudiera acusar de querer eludir la rendición de cuentas.

Y en seguida la señora Chanteau se retiró, aparentando que no quería influir en las ideas de aquella á quien ya llamaba hija suya, y muy querida.

Inmediatamente Paulina, muy conmovida, suplicó al doctor que le otorgara el delicado servicio que se le pedía con tanta necesidad, y en vano intentó él hacerla ver claramente su situación diciéndola que estaba casi arruinada, y que la ruina sería completa en porvenir no lejano; ella, á cada nuevo rasgo de sombra que el doctor añadía al cuadro, contestábale que no quería escucharle, y mostraba apresuramiento febril por el sacrificio.

—No, no me causáis pesar; yo soy una avara, aunque no lo parezca, y me ha costado mucho resignarme.... ¡Que lo tomen todo! ¡les doy lo que resta, si ellos quieren amarme más todavía!

—Pero en fin—preguntó el doctor—¿os despojáis de vuestro dinero por amor á vuestro primo?

Ella se puso encarnada y no contestó.

—¿Y si luego vuestro primo no os amase?

Asustada, con extravío, miró al doctor; sus ojos se llenaron de lágrimas y su corazón estalló con este grito de amor irritado:



—¡Oh, no, no! ¿por qué me hacéis tanto daño?

Entonces el doctor Cazenove consintió; no tuvo suficiente valor para operar en aquel gran corazón lleno de ilusión y de cariño. ¡Bien pronto la existencia le sería penosa!

La señora Chanteau dirigió la empresa con admirable superioridad de intriga, y aquella campaña la rejuvenecía; partió en seguida á París llevando todos los papeles en regla, y los miembros del consejo de familia prestaron conformidad con sus ideas, sin duda porque ninguno de ellos se hubo preocupado jamás de su cargo y miraba el incidente con su ordinaria indiferencia; ella contó á todos, uno por uno, conmovedora y embrollada historia, el cariño del viejo médico de Arromanches á Paulina y la intención que él tenía de legarla su fortuna si se le permitía dirigirla como él anhelaba.

Hasta Saccard cedió á consecuencia de tres visitas de la señora Chanteau, que le inició en un negocio soberbio: el acaparamiento de las mantecas de la comarca del Cotentin, merced á un nuevo sistema de transportes.....

Y la emancipación fué acordada por el consejo de familia, nombrándose curador al antiguo cirujano de marina Cazenove, del cual había recibido

los mejores informes el juez de paz correspondiente.

Y quince días después del regreso de la señora Chanteau á Bonneville se efectuó la rendición de cuentas de la tutela del más sencillo modo: el doctor había almorzado y quedábase de sobremesa comentando las últimas noticias de Caen, donde Lázaro acababa de pasar dos días, por causa de un proceso con que le amenazaba el canalla Boutigny.

—A propósito—dijo el joven,—Luisa nos va á sorprender la semana próxima..... Yo no la reconocía por su elegancia; ahora vive con su padre. ¡Cuánto nos hemos reído!

Paulina le miraba, sorprendida de la emoción de su voz.

—¡Vaya!—exclamó la señora Chanteau.—He viajado con una señora de Caen que conocí perfectamente á Luisa y su familia, y me he quedado asombrada al saber que Thibaudier dará á su hija un dote de cien mil francos..... De manera que Luisa, con los cien mil francos de su madre, reunirá doscientos mil..... ¿Eh? ¡doscientos mil francos! ¡ya es rica!

—¡Bah!—añadió Lázaro.—No los necesita para nada, porque es linda como un amor..... ¡y tan lista!.....



Los ojos de Paulina se obscurecieron, una ligera contracción nerviosa apretó sus labios, y el doctor, que no cesaba de mirarla, levantó una copa de ron que tenía en la mano y exclamó:

—Ea, que todavía no hemos brindado..... Sí, amigos míos, ¡a vuestra dicha! Casaos pronto y tened muchos hijos.

La señora Chanteau adelantó con lentitud su copa, pero sin sonreír, y Chanteau, á quien se había prohibido todo licor, movió la cabeza en señal de aprobación.

Pero Lázaro acababa de estrechar una mano de Paulina, en momentos de abandono que hicieron afluir á las mejillas de la joven toda la sangre de su corazón, y ella correspondió también á la dulce presión de su prometido.....

Todos brindaron.

—¡A vuestros cien años!—continuó el doctor, que profesaba la teoría optimista de que cien años constituían la edad hermosa del hombre.

Lázaro, sin embargo, palidecía: aquella cifra le atravesaba el alma con escalofríos, y se imaginaba los tiempos en que él hubiera cesado de vivir, con el perpetuo miedo que latía en el fondo de su carne.....

¿Qué sería de él dentro de cien años? ¿Qué desconocido bebería entonces en el puesto que él ocupaba delante de la mesa?

Apuró su copa, temblándole la mano, y Paulina, que le observaba, le tomó la otra mano y se la opri-  
mió dulcemente, casi con maternal amor, como si ella hubiese visto pasar por el semblante pálido de Lázaro el soplo helado de la muerte.

Después de un rato de silencio, la señora Chanteau dijo con gravedad:

—Ahora conviene concluir nuestro asunto.

Ella había decidido que se firmase el pacto en su cámara, para darle mayor solemnidad, y precisamente Chanteau desde que estaba sometido al tratamiento del ácido salicíco andaba mejor, y pudo subir detrás de su mujer, apoyándose en las balaustada de la escalera; y como Lázaro hablase de ir á fumar un cigarro á la terraza, su madre le exigió que, siquiera por conveniencia, estuviese presente en el acto.

El doctor Cazenove y Paulina entraron los primeros, y Mateo, asombrado de semejante procesión, la seguía con lentitud.

—¡Es fastidioso este perro!—dijo la señora Chanteau, cuando fué á cerrar la puerta.—¡Cuidado con



él, que nos ha de seguir á todas partes! Vamos, animal, entra, y no arañes en la puerta.... Ea, comencemos, porque nadie nos interrumpirá desde ahora.

En el velador había un tintero y plumas; la sala tenía aspecto de soledad, y el silencio de muerte que reina en las piezas poco habitadas; sólo Minucha habitaba allí en sus días de pereza, cuando lograba entrar por la mañana, y precisamente estaba entonces durmiendo sobre el edredón, y levantó la cabeza para mirar con sus verdes ojos á los que invadían la sala.

—Sentaos, sentaos—decía la señora Chanteau.

Y al punto los negocios fueron arreglados, apartando aquélla que dejaba á su marido el principal papel de la comedia, papel que se le había hecho repetir cien veces desde el día precedente.

Conformándose con la ley, diez días antes Chanteau había entregado á Paulina, en presencia del doctor, las cuentas de su tutela, que formaban un grueso cuaderno; en un lado las notas de los ingresos, y en otro las de los gastos, deducido del total el importe, no sólo de la pensión de la pupila, sino también las costas del expediente instruido, y los gastos de viaje á Caen y á París.

Y entonces Cazenove, tomando en serio su oficio

de curador, quiso presentar una observación motivada por el mal negocio de la fábrica, obligando á Chanteau á darle ciertos curiosos detalles, aunque Paulina miraba suplicante al doctor.

¿Para qué servían aquellas explicaciones, á ella misma que había ayudado á formar y coleccionar las cuentas, que su tía copió después con delicada letra inglesa?

Pero la Minucha se había sentado en medio del edredón, para contemplar á su gusto la insólita escena, y Mateo, después de haber colocado su gran cabeza sobre el tapete del velador, se dejó caer de espaldas al suelo, y se frotaba y balanceaba sobre la alfombra, lanzando aullidos de alegría.

—A ver si le haces callar, Lázaro—exclamó la señora Chanteau—porque no nos entendemos.

Afortunadamente sólo faltaban ya las firmas en el acta: Paulina, con un rasgo de pluma, se apresuró á aprobarlo todo; luego el doctor, como si cediese á pesar suyo, borrajeó el papel con un párrafo muy largo.

Reinaba silencio penoso.

—El activo—dijo la señora Chanteau—es de setenta y cinco mil doscientos diez francos y treinta céntimos..... Voy á entregar ese dinero á Paulina.



Y se dirigió hacia el *secrétaire*, que rechinó con el ruido especial, ronco, que tantas veces la había emocionado.

Pero en tal momento estaba solemne: abrió los cajoncitos, y pudo verse en el fondo del más oculto la vieja tapa del registro de la salchichería, la misma de color verde salpicada de manchas de grasa..... solamente que el legajo había adelgazado, por los títulos extraídos

— No, no—exclamó Paulina;—guarda eso, tía mía.

Y entonces la señora Chanteau se formalizó.

—¡Pues no faltaba más! Si rendimos cuentas, debemos entregar el dinero..... Eso es para tu bien. Dime; ¿te acuerdas de lo que te dije hace ya ocho años, cuando lo metimos ahí? ¡Que nosotros no queríamos guardar ni un céntimo!

Ella sacó los títulos, y obligó a la joven á que los contase: había en papel setenta y cinco mil francos? y un rollo de monedas de oro, envueltas en papel de periodicos, que completaban la suma.

—¿Pero dónde voy á guardar esto?—preguntó Paulina, á quien se le encendían las mejillas con la idea de que debía manejar aquella gruesa suma.

—Guárdalo en tu cómoda—respondió la tía;—que ya eres bastante crecidita para cuidar de tu dinero.....

¡Yo no quiero ni verlo!..... Y si tanto te estorba, oye, dáselo á la Minucha que te contempla.....

Los Chanteau habían pagado, y la alegría les llenaba el corazón; Lázaro, libre de su gran peso, jugaba con el perro, cogiéndole la cola y retorciéndosela, haciéndole dar vueltas como una peonza; el doctor Cazenove, entrando á ejercer su misión de curador, prometió á Paulina cobrar sus rentas é indicarle el medio de emplearle con buenos rendimientos.

Pero en aquel instante Verónica, en el piso bajo, removía sus cacerolas: poco antes subió hasta la puerta de la sala, pegó su oído á la cerradura, oyó sorprendida las cifras.....

Hacia ya algunas semanas que el lento y diario trabajo de su afecto á la señorita Paulina, destruyó hasta sus postreras preocupaciones.

—¡Palabra de honor!—gruñó fieramente.—Ellos la han comido la mitad..... ¡No, no! ¡Eso no es justo!..... Cierto que ella no tenia necesidad de caer en esta casa..... ¿pero eso es una razón para dejarla desnuda como un gusano?..... ¡No, no! Yo soy justa, y amaré á esa pobre niña.